

Un guardia civil en el techo del mundo: el Everest

¡CUMBRE! ¡CUMBRE! ¡CUMBRE!, ASÍ SE INICIABA EL ESCUETO, PERO EMOCIONANTE COMUNICADO QUE EL TENIENTE JEFE DE LA EXPEDICIÓN DE LA GUARDIA CIVIL AL EVEREST DIFUNDÍA A TRAVÉS DE INTERNET, EN ESTAS SEIS SÍLABAS SE ANUNCIABA, CON EL ORGULLO DEL MOMENTO, QUE UN GUARDIA CIVIL, JUAN CASTILLO PERALTA, UN GRANADINO DE ALMUÑECAR, HABÍA CONSEGUIDO PONER PIE EN EL PUNTO MÁS ELEVADO DEL PLANETA. ESTE DÍA, 22 DE MAYO DE 2003, ERA EL TRIUNFO DE UN EQUIPO COEXIONADO Y UNIDO EN TAN DIFÍCILES MOMENTOS, ERA TAMBIÉN EL TRIUNFO DE UN TRABAJO BIEN HECHO Y ERA, POR ÚLTIMO, UN ANUNCIO DE QUE NUESTROS ESPECIALISTAS EN MONTAÑA ESTÁN A LA ALTURA DE LOS MEJORES DEL MUNDO.

TEXTO: TIMOTEO GUERRERO

Hacer un reportaje sobre la ascensión del equipo del Cuerpo al techo del mundo, el Everest con 8.848 m. no es difícil, lo complicado estribaba en personalizarlo en alguno de los 10 componentes (ocho guardias civiles y dos civiles) que consiguieron, con su unión y esfuerzo personal, que se hollara tan elevada cima. Al final y como portavoz del resto elegimos a Juan Castillo Peralta, la persona que consiguió pisar la cumbre, que en primera persona nos contara esos momentos finales de la ascensión.

La sencillez de Castillo queda patente, no quiere protagonismos, ni tampoco quiere elogios, pues como él dice, son producto del momento y al final lo que queda es su tranquila vida con su familia y su trabajo como montañero de los GREIM de Granada, un trabajo que no cambiaría por nada en el mundo y que le ha dado, a pesar de lo duro que es, nume-

rosas satisfacciones personales, sobre todo cuando ha conseguido rescatar a alguna persona que estaba en peligro.

Aún convaleciente de congelaciones sufridas en ambas manos, deja claro antes de comenzar esta entrevista que el protagonismo tiene nueve nombres aparte del suyo: Teniente Martínez, Cabos Primeros Arroyo y Caso, guardias civiles Bernabé, Romero, Villar y Coca, médico civil Jorge Molinos y el Asesor Técnico Fernando Garrido, todos y cada uno de ellos deben compartir el éxito de la ascensión al punto más elevado del planeta.

Nuestro protagonista es un amante de todos los deportes, especialmente del alpinismo, el ciclismo, el atletismo o la pesca submarina, teniendo en su haber numerosos trofeos en biatlón, esquí, maratones, etc. Esa formación física y esa dureza mental, conseguida tras numerosos años practicando el deporte a alto nivel, han sido seguramente los valores que le han hecho superarse en los

momentos difíciles de la ascensión al Everest.

La entrevista que ofrecemos a continuación no tiene desperdicio, pues en ella, y en primera persona, Juan Castillo nos narra su asalto final a la cumbre y también su faceta de "ángel de la montaña", pues cuando bajaba al Campo Base tuvo que auxiliar a dos montañeros, los que seguramente son y serán durante mucho tiempo los auxilios realizados a más altura por un componente de la Guardia Civil.

ENTREVISTA CON PERALTA

–Para empezar esta entrevista le queremos preguntar qué tal se encuentra de las lesiones (congelaciones) que sufrió en las manos.

–Me recupero bastante bien, pero los especialistas me dan un año largo para recuperarme totalmente, aunque un dedo meñique probablemente nunca se acabe de recuperar al 100%.

—La expedición de la Guardia Civil estuvo formada por ocho componentes del Cuerpo, un médico civil y un asesor también civil, ¿quién eligió a estas personas y cuál fue el criterio escogido?

—La selección la hizo el Jefe de la expedición, Teniente Alberto Rodríguez, siguiendo criterios de experiencia en altura, personalidad, capacidad de trabajo en equipo, forma física, etc.

—Al final el éxito ha sido total y se ha conseguido que usted, un guardia civil, hiciera cumbre, ¿a quiénes daría las gracias por los apoyos recibidos?

—Sobre todo a mis superiores de la especialidad y a los componentes de la Unidad Especial de Montaña que asesoraron a los primeros, así como al Teniente Jefe de la expedición que es mi superior más cercano y el primero en dar el visto bueno. También a las empresas patrocinadoras que al fin y al cabo son las que han hecho un esfuerzo económico considerable, principalmente Ibercaja y Siemens, así como otras muchas empresas que han colaborado bien económicamente o bien aportando material, como Grifone, Odlo, Bollé, Kolmer o Sierra Mayor que nos abasteció de jamón ibérico.

—El Everest, con sus 8.848 metros, es el pico más elevado de la Tierra y usted uno de los pocos afortunados (cerca de sesenta españoles) que ha puesto un pie en su cima, ¿qué satisfacción personal le produce el ser uno de esos pocos elegidos?

—La satisfacción que siente uno al llegar a la cumbre es muy intensa, sobre todo porque se asume como el resultado de un año de trabajo y dos meses de expedición y calamidades, pero le dura a uno tan solo un instante, porque enseguida el intenso frío y cansancio no te dejan pensar en otra cosa que no sea en bajar a la seguridad del Campamento Base. Por otro lado está la satisfacción que se siente al llegar a España y darte cuenta sólo en ese momento de la magnitud de la hazaña llevada a cabo cuando todo el mundo se vuelca en ti. Finalmente, la auténtica y más pura satisfacción la encontré al volver a casa y estar entre los míos.

—Volviendo la vista atrás, qué balance hace en líneas generales en los aspectos positivos y negativos de la expedición.

—Puntos positivos casi todos, pues



afortunadamente todos hemos regresado sanos y salvos y eso ya es un éxito, aunque personalmente haya sufrido la farragosa recuperación de mis manos congeladas. En general, ha sido una experiencia muy enriquecedora de convivencia, y tanto a nivel deportivo como de aventura hemos rendido y aprendido al máximo, además creo que a todos nos ha marcado la vida el hecho de conocer e integrarnos en la cultura tibetana y nepalí, que aunque son civilizaciones económicamente pobres, no lo son en espíritu ni en nobleza. Sólo considero negativo el rechazo que nuestros organismos mostraban ante la alimentación debido a la altura y a las características de la comida asiática, lo que suponía una importante merma en el rendimiento.

—Tanto tiempo en la montaña y con esa relación tan estrecha que da

el compartir todo hace que la convivencia sea a veces difícil, ¿hubo problemas en ese sentido entre ustedes?

—Si bien es habitual en las expediciones que surjan tirantezas y aumente la irritabilidad, presuñamos orgullosos en el Campamento Base de ser la expedición más unida. Lo cierto es que entre nosotros solo existió armonía, en parte debido a que la mayoría éramos viejos conocidos de la especialidad, y los que no eran tan veteranos se integraron perfectamente. La clave fue el rechazo permanente a cualquier manifestación egoísta, en pro de un objetivo común, al fin y al cabo es lo que hacemos todos los días en el trabajo.

—¿Cómo era un día normal en la expedición?

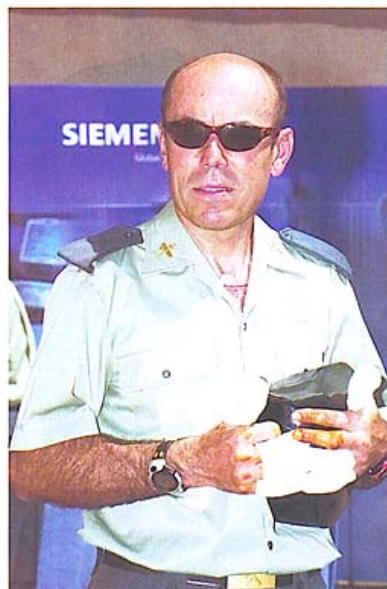
—Lo cierto es que no había "días normales" ya que, si bien no se llegaba a caer nunca en la rutina, todos los días

eran muy duros, y la auténtica hazaña consistió en aguantar el día a día en unas condiciones extremas sin volverse loco o renunciar. Digo que no caímos en la rutina porque la expedición puede dividirse en varias fases, en el primer mes nos dedicamos a aclimatarnos ascendiendo a diversos picos del Tíbet, alcanzando cotas progresivamente superiores, y el segundo mes lo dedicamos a instalarnos en el Campamento Base Avanzado (CBA) y preparar la ruta de ascenso, así como a instalar los distintos Campamentos de Altura. En cualquier caso, la vida en el CBA se caracterizaba por un intenso frío constante (siempre bajo cero), y una sensación de que todo ocurría a cámara lenta debido a la hipoxia (falta de oxígeno), aunque los días que no trabajábamos en la montaña porque hacía mal tiempo procurábamos descansar y relajarnos, para ello contábamos con música, internet, lectura, películas, etc.

—En el camino hacia la cumbre en muchas expediciones ha habido accidentes que han ocasionado numerosos muertos, ¿es tan peligroso el ascender? ¿O es, quizá, peor el descenso?

—Tanto en Sierra Nevada como en el Himalaya estamos siempre sometidos a la amenaza de peligros objetivos y subjetivos, es decir que dependen o no de nuestro comportamiento. Uno puede ser muy bueno, pero caer atrapado en una avalancha inesperada, o, por el contrario, sufrir un accidente por falta de experiencia y preparación. Allí se multiplican todos los peligros, y si bien tratamos de minimizar los peligros subjetivos con nuestro entrenamiento, es imposible plantear una ascensión al Everest pensando que no va a haber cambios repentinos de tiempo, avalanchas, fallos de material, dolencias médicas propias de la altura, accidentes, etc. Por otro lado, sí que es cierto que se observa entre las expediciones una falta de preparación físico-técnica que agrava la situación en una montaña que no permite fallos. Por supuesto es más peligroso el descenso, pues mientras escalamos vamos hasta cierto punto controlando la situación, pero en una retirada ya hemos agotado todas las fuerzas y la motivación, y se descuidan las medidas de seguridad, además, el principal motivo por el que se aborta una escalada y se inicia el des-

censo es por un cambio de tiempo a peor, desatándose tormentas muy violentas que hacen el descenso de todo menos seguro. Personalmente mi descenso de cumbre fue inhumano, pues al alcanzar la cumbre había agotado todo el líquido y alimentos, y en la bajada perdí mucho tiempo auxiliando a una persona que sufrió un accidente. Cuando me quise dar cuenta, era de noche y estaba tan cansado y aturrido que me iba quedando dormido, y eso sería el fin. Por fin observé las luces del C3 (8.300 m) y le rogué a Dios que me diera fuerzas para rapelar esos 150 metros escasos de cuerda fija que me quedaban, alcanzando las tiendas



al límite de mis fuerzas. De alguna manera creo que me ayudó en ese momento el estar acostumbrado a las situaciones de riesgo y fatiga que vivimos a diario en el trabajo, así como el entrenamiento diario.

—El día 22 de mayo pasado, justo cincuenta años después de que Edmun Hillary y el Sherpa Tenzing Nurgoya hollaran por primera vez la cima del Everest, usted hacía lo mismo, a su juicio y como experto ¿qué ha cambiado en este medio siglo en el alpinismo?

—El alpinismo, especialmente por ser un deporte muy técnico, ha dado un paso de gigante en las últimas décadas en todos los aspectos. Por un lado, tanto el material de escalada como la ropa son mucho

más ligeros y eficaces. Las transmisiones también son mucho mejores y más ligeras, y se han desarrollado fármacos que actúan eficazmente contra las dolencias de la altura. De hecho, echando la vista atrás y observando a estos pioneros, parece increíble que subieran en las condiciones que lo hicieron, no cabe duda de que debieron ser auténticos héroes en cuanto a voluntad y motivación, además de tener una condición física excepcional. En cuanto al alpinismo en general, se ha súper-especializado en los últimos años, alcanzando cotas de dificultad en escalada en roca, hielo, escalada artificial, etc. impensable en aquella época. Aunque como es lógico esta especialización resta polivalencia, y podemos ver a auténticas máquinas de la escalada deportiva que nunca han visto un crampón o tan siquiera un copo de nieve.

—La ascensión a tan mítica montaña no está exenta de polémica por los numerosos ascensos que se hacen anualmente, lo que no quita mérito a su ascenso. ¿No cree usted que alcanzar la cima del Everest ha perdido ese halo de romanticismo que tenía años atrás?

—El halo de romanticismo sigue existiendo, pero si por romántico entendemos la carga de aventura que lleva la expedición, entonces por fuerza tendremos que innovar en la ascensión. Por lo tanto, el auténtico desafío está en plantear una expedición que abra una nueva ruta o que repita una muy difícil, lo que nunca se puede llegar a pensar es que las 20 personas que pueden coincidir en la cumbre del Everest tienen el mismo mérito, hay gente que ha subido por una vía más difícil, con o sin oxígeno, en solitario, en estilo alpino, etc. Digamos que hoy en día lo que importa es no dónde se halla subido, sino cómo y por dónde. O sea que no sólo el fin no justifica los medios, sino que lo realmente importante son los medios en sí.

—Usted y sus compañeros no pueden dejar de lado su faceta de "ángeles de la montaña", prueba de ello es que a 8.500 metros auxiliaron a un montañero británico que había tenido un accidente, lo que seguramente sea el rescate más elevado realizado por los GREIM ¿qué tienen de especial ustedes?

—Por encima de todo, la especialidad busca personas que, además de sobresalir por su calidad humana, vivan auténtica pasión por la montaña, si conseguimos estas dos virtudes, obtendremos un grupo humano capaz de superar cualquier desafío en su medio y si lo pensamos bien no es algo meritorio porque esta pasión no es controlable, se tiene o no se tiene. Por otro lado, el fuerte compañerismo existente entre nosotros te hace esforzarte profesionalmente para no decepcionar a tus compañeros cuya vida en tantas ocasiones depende de uno.

—A sus 45 años y tras una experiencia profesional tan dilatada (Alpes, Pirineos, Andes, Everest, etc.) qué le queda por hacer en el mundo del montañismo.

—Pues me queda por hacer absolutamente todo, pues habría que vivir millones de años para ascender todos los itinerarios que a menudo soñamos que escalamos en todas las montañas del mundo. Pero como nuestra vida es limitada, hemos de seleccionar lo mejor que podamos los objetivos, de momento tenemos pensado plantear una expedición a Pakistán, donde intentaríamos escalar dos ochomiles seguidos, por un lado el Gasherbrum 2 para continuar, aprovechando la aclimatación obtenida en éste, con el K-2, la montaña de las montañas. Éste es un reto mucho más ambicioso que el Everest en todos los sentidos, pues a simple vista es una pirámide infranqueable por donde se la mire, pero si conseguimos la necesaria financiación y soy seleccionado para formar parte de la expedición, volveré a dar el 200 % para que al menos un miembro de la expedición alcance la cumbre.

—Usted estuvo en lo más alto y, por lo tanto, fue el protagonista, pero este deporte es de equipo. ¿De quién o quiénes es su éxito?

—Desgraciadamente en este deporte sólo se ven a los que alcanzan la cumbre, pero en realidad eso es un sólo día de trabajo. Hacer posible que ese día llegue es el resultado de más de un año de trabajo de organización y dos meses de expedición, y si, finalmente, alguien consigue alcanzar la cumbre, es porque hay un grupo de hombres que con su trabajo lo han hecho posible. Así pues creo que el éxito de la expedición recae por igual en todos los miembros de la misma.

—Para finalizar quisiera que se echara la vista atrás y se convirtiera

en reportero y nos narrara la última parte de su ascensión (porque usted, qué sintió, cómo superó el intenso frío, qué dejó en la montaña, qué sensación tuvo al pisar la cima, qué sentía con sus manos congeladas, cómo bajó, cómo le recibieron, etc.).

—Yo formaba parte del segundo de los dos grupos de ataque que en días sucesivos intentarían la cumbre. En mi ascenso al campo 3 (8.300 m) me crucé con los compañeros del primer grupo que, extenuados, bajaban del intento de cumbre. La intensa ventisca, unida a un accidente de escalada, les hicieron, con buen criterio, renunciar al ascenso a tan sólo 150 metros de la cumbre. Esto supuso un duro golpe para los tres compañeros que formábamos el segundo grupo, pero teníamos que apurar toda nuestra energía en el intento. Por fin la madrugada del día 22 de mayo abandonamos el C3 hacia la cumbre, y el intenso frío y viento pudieron con mis compañeros que se dieron la vuelta en el segundo escalón, a 8.700 m. Yo ya había superado este obstáculo, y pese a ser consciente del estado de mis manos, decidí que valía la pena. Los pocos metros que me separaban de la cumbre se convirtieron en un calvario, situación agravada por la horrible visión de cadáveres jalonando la ruta, lo que suponía una constante lucha interna entre abandonar o seguir subiendo. Por fin, a las 12:45 h alcancé el techo del mundo y lo primero que hice fue sacar el tricornio que llevaba en la mochila y saludar militarmente ante la cámara a todos los Guardias Civiles de España que ese día representaba. La imagen puede parecer cómica pero surgió la idea cuando aún estábamos en España preparando la expedición y fue una motivación importante.

Con las manos congeladas, inicié el descenso totalmente deshidratado, y ya sin comida ni agua era consciente de que no podía perder mucho tiempo, pero a la altura del segundo escalón, y cuando yo ya lo había descendido, una chica que también bajaba, sufrió una caída y quedó colgada de la pared, al parecer con un brazo lesionado. Viendo cómo la gente la ignoraba, volví a remontar la pared para descenderla desde arriba. Afortunadamente pudo bajar por su propio pie, pero poco después tuve que auxiliar a un montañero que se quedó bloqueado en un rápel. Éstos auxilios me hicieron perder mucho tiempo y cuando me quise dar



FICHA PERSONAL

Empleo: Guardia Civil.

Nombre y apellidos: Juan Castillo Peralta.

Fecha de nacimiento: 22-08-57.

Lugar de nacimiento: Almuñécar (Granada).

Guardia Civil desde: 01-09-79.

Destino: Sección de montaña de Granada.

Estatura: 1'74.

Peso: 65 kg.

Federado por: Federación española de deportes de montaña y escalada, Federación española de atletismo.

Aficiones y gustos: alpinismo, atletismo, ciclismo, pesca submarina, pasar todo el tiempo posible con mi familia.

Palmarés deportivo: campeón de la Guardia Civil de biatlón en siete ocasiones.

Varias veces campeón en pruebas de esquí en patrullas

Tiene en su haber pruebas de ultrafondo de 50 km., la subida en carrera al Pico Veleta, varias maratones y medias maratones.

En alpinismo ha escalado todos los picos de Sierra Nevada y muchos del Pirineo, ha hollado las cimas del Aconcagua (6.992 m.) y del Everest (8.848 m.).

cuenta, estaba anocheciendo y yo estaba al límite de mis fuerzas, rezando para ver las luces del Campo 3. Finalmente lo localicé y, a duras penas, llegué a las tiendas a las 21:00 horas. Allí me esperaban dos sherpas que me ofrecieron bebida caliente. Al día siguiente inicié el descenso hacia el Campamento Base, y en el Campo 2, a 7.800 m, me esperaban compañeros con más alimentos que me ayudaron a bajar. Por fin, casi en la noche del segundo día, llegamos a la tienda comedor del CBA donde esperaban el resto de compañeros, que se fundieron conmigo en un abrazo mientras no podíamos evitar que se nos saltaran las lágrimas de emoción. Habíamos cumplido el objetivo, y lo que era más importante, estábamos todos bien.■